



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS COMPOSITORES

MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO



*Lit. de Brado, Procopio, 18 y 19, Bern. 7, Madrid*

Sus obras levantaron justamente  
 tempestades de aplausos en la escena.  
 Su música es torrente  
 de inspiración que brilla y que se siente.  
 y siempre original, y siempre hermosa.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábulas, por José Estremera.—Lapsus plumar, por Juan Pérez Zúñiga.—Los días de fango, por Eduardo de Palacio.—Variaciones del tema, por Sinesio Delgado.—Sección reservada, por Manuel Paso.—Batallas, por M. Martínez Barriónuevo.—¿A qué saben los besos? por José Borrás.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Manuel Fernández Caballero.—Skating-Rink.—Ilusiones, por Cilla.



El futuro enlace de la Infanta Eulalia ha causado gran expectación entre las hijas de familia pobres, pero honradas. Es natural que esta clase de sucesos lleven la perturbación á los hogares humildes.

—¡Dios mío!—exclaman.—¡Qué felicidad tan grande la de acostarse una en clase de joven costurera y despertar de *Principa* consorte!

No hay señorita modesta que deje de suspirar hondamente al leer la lista de los regalos con que ha sido obsequiada la novia augusta. La mayor parte de ellas no aciertan á comprender cómo se puede dormir teniendo encajes en la camisa; y muchas creen que eso de las chambras con lazos de cinta, son exageraciones de los revisteros de ropa blanca.

Los escaparates de las tiendas donde se exhiben los regalos de boda se ven visitados estos días por una multitud compuesta de niñas casaderas y madres amorosas, que admiran el lujo del *trousseau* y se entregan á toda suerte de conjeturas.

—Purita. ¿Te has fijado en aquel corsé?

—Parece un repollo.

—Pero tienes que ver que los encajes son finos. ¡Ya habrán costado!

—¡Cuánta ropa blanca!

—Eso me recuerda que yo me estoy quedando sin pantalones. Como tu padre es así, no me atrevo á manifestarle mis desnudeces, porque cada día se está volviendo más cicatero. Ya has visto el trabajo que me ha costado conseguir que te comprase aquellas dos chambras cuando fuiste á pasar unos días á Iriepal.

La gente de poca ropa no se explica que sean necesarias doce docenas de sábanas para casarse.

—¡Qué lástima de juegos de cama!—dicen las señoras económicas.—Por mucho que se muden, no hay medio de gastar tantas sábanas. ¡Cuánto mejor sería que las utilizaran en hacerle ropita á los niños á medida que los vayan teniendo!

—¿Ha visto V. cuántos trajes?

—Ay, hija! también yo cuando me casé, era una barbaridad la ropa que tenía, pero después vinieron las enfermedades de mi esposo, y sólo en agua de vegeto gastamos más de cinco mil reales, y nos fuimos comiendo todos los vestidos.

Las joyas expuestas al público, producen admiración y polémicas acaloradas.

—¡Qué *riviere* tan bonita!—dice una señora mayor, clavando sus ojos en un estuche.

—No es *riviere*; es un camafeo—contesta otra.

—A mí no me enseña V. á saber lo que son piedras preciosas.

—Déjala, mamá—dice la niña.—Cada cual que viva con su ignorancia.

—¡Oiga V.! Yo no falto á nadie, porque, gracias á Dios, he recibido muy buena educación.

—Ya se conoce.

—Más que V.

—Vámonos, mamá. No hay cosa que más rabia me dé que alternar con ciertas gentes.

—¡El demonio del espantajo!...

—¿Espantajo?

—Mamá; no te acalores; ya sabes que te hacen mucho daño estas cosas.

No falta algún señorito desocupado que toma la defensa de las damas heridas; y lo que ha empezado por ser una galantería, concluye en pasión vehemente.

••

El corazón de la mujer es un arcano. El amor brota cuando menos se espera. Un pie bien calzado; un puro bien oliente; una sonrisa; un rasgo de valor; una descalabradora; cualquiera de estas cosas, pueden encender una pasión en los pechos femeninos.

—Yo conocí á éste en San Isidro—decía una casada, refiriéndose á su esposo.—Acababan de darle dos bofetadas, que le dejaron la cara lo mismo que un embutido de los gordos. Pues bien; el pobrecillo puso los ojos de tal manera, que me enamoré como una bruta.

Algún joven llegó á conquistar el amor de una bella, á consecuencia de haberse dislocado un pie saltando á la comba en el Retiro.

Aquellos ayes, salidos del fondo del alma; aquella cojera dolorosa, pero digna; aquella palidez mate del rostro, fueron el combustible que incendió el corazón de la doncella, y hoy viven unidos en santa paz, llenos de chiquillos linfáticos.

—¿Cómo se conocieron VV.?—se le pregunta á la chica; y ella contesta:

—A éste comencé á amarle una mañanita de abril, junto á la fuente del Angel caído. Se le descompuso un pie y estuvo cojo; pero no por eso dejaba de pasear por la acera de enfrente todas las tardes con el pie metido en una babucha. Aquella misma hinchazón me impresionaba de un modo extraordinario.

La mujer es caprichosa y veleta, aunque me esté mal el decirlo.

Un mi amigo tiene una novia que le exige el uso constante de las antiparras verdes y está siempre deseando que tenga flemones para que se hinche el carrillo.

—Tú no me amas, Floro—le dice ella de cuando en cuando.

—¡Más que á mi vida!—contesta él, según costumbre.

—Si fuera eso verdad, procurarías complacerme.

—¿Como?

—Cultivando los flemones como se cultiva el geranio y la albahaca.

Así se comprende que haya mujeres preciosas casadas con fabricantes de velas de sebo, picados de viruelas.

\*•

Poco á poco va llegando la primavera con sus pájaros, sus flores y su cocimiento de zarzaparrilla.

Ya comienzan á refrescar las personas dadas á la higiene, y como la sangre bulle, hay quien pasa ratos crueles por no poder rascarse delante de los demás.

—Ahora no, porque me reprimo—nos decía un caballero de sangre bulliciosa,—pero hasta hace poco tiempo obligaba á mi esposa á que me rascase las espaldas. Y cada vez tenía más picor. Empezó con un cepillo de los dientes y concluyó por rascarme con un tenedor de metal blanco. Ya, últimamente, le pedía que me rascase con un saca corchos.

§ La humanidad no se sacia nunca.

Esta frase no es mía: es del Conde de Toreno.

LUIS TABOADA.

## FÁBULAS

1

LA ZORRA Y LAS GALLINAS

Una zorra, terror de las gallinas, entróse en un corral en donde un gallo vivía, cual súltán en su serrallo, rodeado de varias concubinas.

Al ver tan bien surtido el gallinero,  
se anima, y á ésta quiero, á ésta no quiero,  
sembró con rabia fiera  
cañiveres y plumas por doquiera.

Mas, he aquí que, no sé por qué accidente  
la torra cayó muerta de repente;  
y una polla, al ver muerto á su enemigo,  
conmovida exclamó:—Justo castigo  
de Jove omnipotente.

—(Castigo!—dijo el gallo.—Pues ¿qué hicieros  
los pobres inocentes que murieron?—

La polla que indignada le censura  
y en su opinión se aferra,

—Ciego—dice—¿es la tierra  
el centro de las almas, por ventura?—

Y el gallo contestó, firme en sus trece:  
—Para el castigo sí, firme parece.

## II

## COSAS DE ELLAS

La bella Rita casó  
con un vejete alqueroso  
que con el nombre de esposo  
muchas salegas le dió.

Y al ver al viejo y la bella  
juntos del brazo pasar,  
las muchachas del lugar  
decían:—¿Quién fuera ella!

## III

## EL RÍO, EL DIQUE Y LOS CAMPOS

Dijo el río al dique:  
—Quitate de en medio,  
mira que me estorbas  
y pasar no puedo.—

Pero el dique inmóvil  
con mucho silencio  
tranquilo seguía  
guardando su puesto.

Repetía el río:  
—Vamos, no seas terco,  
déjame que pase.  
vé que te lo ruego!—

Y el maldito dique,  
haciéndose el sordo,  
no dió por respuesta  
palabra ni gesto.

Volvió á suplicarle  
el río de nuevo,  
y pasó rogando  
los años enteros.

Al fin, cierto día  
de cólera ciega,  
le jura venganza  
furioso, soberbio.

El agua le prestan  
los montes y el cielo,  
y blancas espumas  
en su furia haciendo,  
corriendo en su cauce  
más raudo que el viento,  
al dique se lanza  
con tanto denuedo,  
que lo echa á su fondo  
vencido y deshecho.

Los campos vecinos  
al ver el suceso,  
al río suplican  
que no paguen ellos  
con inundaciones  
rencores ajenos;  
y el río responde:

—Perdon, caballeros,  
pero ya mi curso  
detener no puedo,  
y en alguna parte,  
tengo que ir echando  
el agua que llevo.

JOSÉ ESTREMEIRA.

## UN LAPUSUS PLUMÆ

Al volver, hace días, á mi casa,  
un álbum me encontré sobre la mesa,  
sin causarme el hallarlo gran sorpresa  
sabiendo lo amenudo que me pasa  
encontrarme con gangas como esa.

El amigo que así me distinguía,  
al confiarme el álbum dejó dicho  
que una persona apasionada de mí,  
por un extraño y especial capricho,  
sin mis versos quedarse no quería.

Dándome, pues, sin compasión al diablo,  
buscando aquí una idea, allá un vocablo,  
y pensando en que debo ser galante  
con cualquier dama, aunque su rostro espante,  
cogí la pluma y, sin parar las mientes  
en otras coplas que en el libro había,  
estos renglones escribí valientes,  
sin conciencia, en verdad, de lo que hacía.

«¡Oh mi dama, quien quiera que tú seas,  
pura, bella, gentil y encantadora,  
que algunos frutos con afán deseas  
de mi mente fecunda y soñadora,  
no me niegues, por Dios, en pago de ellos,  
una mirada de tus ojos bellos!...»

Dejé el álbum escrito y rubricado;  
mi amigo se volvió por de contado  
á recogerlo á casa cuando quiso,  
y libre quedó, al fin, del compromiso.

Mas quizá los demonios me inspiraron  
para hacer una plancha con mi pluma  
en el álbum aquél y aun hoy me abruma  
recordar que á su dueño le indignaron

mis dulces expresiones de poeta  
viendo en ellos la burla más completa;  
pues, según he sabido al otro día,  
no era el libro de versos en cuestión  
de ninguna beldad, cual yo creía,  
sino de un capitán de infantería  
con más barbas que el mismo San Antón.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

## DÍAS DE FANGO

Son los destinados por los hombres observadores al examen  
de los Países-bajos.

En Madrid, y en esos días lluviosos, no faltan caballeros que  
se apuestan en las esquinas de las calles principales ó en las aceras  
de la Puerta del Sol, para tomar apuntes del natural.

Las mujeres son más aseadas que nosotros.  
En días lluviosos recogen sus faldas con suma coquetería para  
librarlas del barro.

Algunos jóvenes sensibles del ramo de hombres, aunque no lo  
parecen, han adoptado el sistema de levantarse los pantalenci-  
tos, para evitar manchas de fango.

Pero la mayoría no reparamos en esas ligeras salpicaduras.

Ellas, las muchachas bonitas, y aun las feas, á quienes no está  
prohibido ser limpias, levantan con esmero las sayas para que  
no tropiecen en el suelo.

Pero no todas las faldas ni todos los pies, ni todas las panto-  
rillas son legales.

Es decir: no todas las mujeres tienen derecho á la exhibición  
de piernas.

Como no todos los hombres tienen derecho á la penalidad.

(Véase el Bizco Melgares y compañía.)

Ni todos tienen derecho al ronzal, como algunos escritores y  
varios políticos.

Por los bajos se conoce á la propietaria.

Hay bajos que parecen bajos relieves.

Hay bajos cómicos y bajos serios y dramáticos.

Bajos en los que cualquier pecador quisiera, si no encallar pre-  
cisamente, porque eso de los callos es una porquería, por lo  
menos, tropezar.

Bajos marítimos de mujer que ha perdido á su esposo en Cuba  
y continúa perdiendo á otro.

Estos son bajos con algas y mariscos.

Hay bajos limpios y blancos que sirven como de cortina á  
unos piecitos largos y estrechos.

Parecen dos gatos retozando debajo de una mesa.

Se ve algunas veces una botita de confitería, un principio de  
media blanca, de seda al parecer, y... cae el telón: la enagua  
bordada, oculta el resto del poema.

De cuando en cuando unos zapatitos primorosos, griegos, va-  
mos, del género de las ilustraciones de Melida, guardan dos pies  
de virgen también griega, que sirven de remate á dos piernas  
preciosas, cubiertas con media de lana finísima color de Roche-  
fort: es decir, rojo.

Detrás marcha una saya azul oscuro, que fué sobrefalda en la  
infancia, y se ha retirado á la vida privada con una madre tran-  
seunte que es quien la usa.

Debajo de la sobrefalda dos pies con medias azules y un par  
de zapatitos con *necesser* y costurero.

Por lo menos, con capacidad suficiente para llevar todo eso y  
aun más.

Luégo unas enaguas en cuadrilla, botitas de color con chancio  
de charol; otras de tafete, otras de chagrín con botones, algún  
par de zapatos á la inglesa; medias de color, blancas, y alguna  
menos blanca.

Pertenecen á una agrupación de jóvenes modistas, que salen  
de la oficina y se dirigen á sus respectivos domicilios.

En el fondo de unas faldas negras se ven dos pies y dos pier-  
nas de tamaño no natural, sino sobrenatural.

Son dos pies y dos piernas de presbitero, con sus zapatos con  
hebillas y sus medias negras.

Parecen dos piernas de una mesa de noche.

De pronto se ve venir un par de zapatos con moños, unas me-  
dias azules, y doce ó catorce remates de faldas cortas.

Parecen los telones de una comedia de gran espectáculo, pre-  
parados para la representación.

Pertenecen á una señora de Alcobendas, dedicada á la labran-  
za y de paso en Madrid.

Dos pies de palmipedo, anchos como dos platos soperos, ca-  
llosos y con incrustaciones... y dos piernas deformes y con ilus-  
traciones de pelo... y el remate de una falda de paño burdo del  
color de las piernas...

# SKATING RINK



—Al verla tan hermosa, cualquiera dice que sería una ganga para cualquiera. No es lo malo del caso que se deslice, ¡algo peor sería si se cayera!



Chato quedara por amor al arte si tuviera nariz salva la parte.



Como este otro infeliz, que se ha hecho una tortilla la nariz.



Incidente del salón... ¡hijos de mi corazón!



—Sosténgame usted ¡por Dios!  
—Es que yo tampoco sé...  
en fin, abrácese usted  
y nos caeremos los dos.



Para que quede el sitio despejado, tienen luego los mozos que barrer los restos que han quedado, y que no se han pasado a recoger por el interesado.

Son de fraile movilizado.  
Y dos pies de chula de la fábrica de tabacos, con media de algodón y zapatitos con cromos y botones.  
¡Y una señora con zapatillas rusas!  
¡Dios mío, qué cuatro borcegués! Bien puede decirse que son nuestros cuatro ó sus cuatros primeros borcegués.  
¡Y pantalones, y faldas ó zancos!...  
Ya: son los cuatro pies de orden público, que están de punto en esta calle.

EDUARDO DE PALACIO.

## VARIACIONES DEL TEMA

Además de que me agobia la idea del matrimonio, con esto de buscar novia me está llevando el demonio. Porque la cosa es muy seria; hay petardos colosales, y tengo en esta materia exigencias especiales. Las muchachas de Madrid reciben su educación, fogueándose en la lid continua de la pasión. Y apenas visten de largo ó dos ó tres años antes, surgen, como por encargo, adoradores constantes. Que adulándolas (de hijos con insistencia insidiosa, las hacen abrir los ojos cuando no hacen otra cosa. Y no á todas se las tacha de grave inmoralidad, pero no hay una muchacha inocente de verdad, y eminentemente pura como para mi deseo, sin la menor levadura de noviazgo ó coqueteo, que ignore hasta la manera de demostrar el amor, y que revele en cualquiera de sus actos el candor. Como soy raro y adusto y hay detalles que no paso, quiero casarme á mi gusto; si no es así, no me caso.

¡Ah! recuerdo que en mi aldea es todo paz y dulzura; allí está la Dulcinea que me dará la ventura! Es un ángel ignorado de hermoso tipo español, que tiene el cutis blandido por el aire y por el sol. En funciones y veladas la he visto mil veces dar pellizcos y bofetadas á los mozos del lugar. Pero, ¿qué me importan estas distracciones inocentes, si no pierdo en tales fiestas el pudor de aquellas gentes? Me decido, me declaro, dice «sí» la pido un beso en prendas, y... —¿Qué descaro!— (dice) no seas travieso. ¡Esas cosas no se dan! ni hacen esas tonterías los novios, hasta que están en relaciones tres días. —¡Hola! ¿conque luego!...

—Bien.  
—¿Y qué más da?  
—Calla, tonto, que han de decir, si nos ven que nos besamos tan pronto!

Esta prueba no resisto; ¡ya no me puedo casar en mi lugar! ¡Está visto que está peor mi lugar!  
SINESIO DELGADO.

## SECCIÓN RESERVADA

PEQUEÑO POEMA

El alba no distante  
esta virgen su túnica nevada  
mostraba ya en los horcos del Oriente,  
primero iluminando el horizonte  
después la cumbre del altivo monte,  
después el valle, la cañada, el llano:  
por último, sus rayos celestiales  
sobre la villa de Madrid caían,  
y en lluvia esplendorosa se partían  
en tejas y faroles y cristales.  
Llegaban de Violante á la ventana,  
el dulce rayo de la luz primera,  
y la dama ligera  
cubriendo apenas el nevado pecho,  
bendijo á Dios y se arrojó del lecho.  
¡Recordando las tristes pesadillas  
de la noche pasada,  
apenas sin color en las mejillas  
la negra cabellera destrozada,  
murmuró con terror y suspirando:  
¡Si llegara á saberlo mi Fernando!  
Luchando con misterios y temores  
vacilante intranquila y azorada,  
dijo por fin: ¡¡Dolores!!  
(Dolores se llamaba la criada.)  
¡Mira, Dolores, que por Dios te pido  
que si viene de pronto mi marido  
no le digas jamás adonde voy!  
¡Por mi suerte maldita  
oculta mis designios pecadores!  
Y contestó Dolores:  
—«No tenga V. cuidado, señorita.»  
Salió Violante con incierto paso  
atravesando plazas y callejas;

ya por las calles iban resonando  
los mil ruidos primeros,  
y alegres y cantando  
marchaban al trabajo los obreros.  
Muchachas, vendedores y modistas  
con paso acelerado caminaban,  
y ya se retiraban  
soñolientos algunos periodistas.  
Queriendo en balde detener el llanto,  
caminaba Violante  
ocultando el semblante  
entre los negros pliegues de su manto.  
Alegre circulaba el pueblo inquieto,  
y á lo lejos cruzaba algún tranvía  
tan lleno, que ponía  
en una plancha de latón «Completo.»  
.....  
¡He llegado por fin! dijo Violante;  
¡Dadme fuerzas, Dios mío!  
Siento á la vez calor y siento frío...  
es preciso... adelante.  
¡Esta es la calle, el número, no hay duda!  
¡Valor! dijo y subió por la escalera.  
—¿Dónde va V?— (le dijo la portera.)  
Ella le habló al oído  
y la portera dijo:— ¡Comprendido!  
En el segundo piso ya Violante,  
con vergüenza, con miedo y repugnancia,  
deslizando un paquete,  
entró en un gabinete,  
amueblado con gusto y elegancia.  
Salió un hombre... y hablaron un momento  
y la dama temblando,  
dijo con débil y apagado acento:  
¡Jesús, si lo supiera mi Fernando!  
Volvió el hombre á salir; bajó la dama  
sus pupilas inquietas,  
y dijo el caballero «señorita...  
ya la pulsera está muy endebilita,  
si quiere V. dejarla en diez pesetas...»

MANUEL PASO.

## BATALLAS

Las mujeres goleteras, lavaban sus ropas en el río Guadalmedina; azotaba el rostro un viento cálido, encendido por el sol ardoroso; la cordillera fantástica de montes, desde cuyas faldas el río comienza, aparecía con reflejos de matices azulados y oscuros; distinguíanse las montañas riscosas, como gigantes cogidos de la mano, y las casitas blanqueadas que salpican sus quebrados huecos y sus empuñadísimas crestas, semejaban muchachas rozagantes de fresca, durmiendo en brazos de monstruos, al áspero cantar de las aguas que rompen espumantes por entre las quebraduras; estas aguas son las que luego se deslizan por el río; perdiendo la fuerza vigorosa con que nacen, mueren al fin, tragadas por la misma arena que les sirve de lecho, ó llegan al mar en hilo sucio de cieno pestilente; allá se ve el hermoso valle, donde el río comienza; parte el agua, siguiendo su derrotero; á izquierda y á derecha, encuéntrase con alegres fincas de tejados verdosos y cristales de colores; límpida el agua y rumorosa, como satisfecha por aquellas hermosuras, sigue su corriente; halla fértiles terrenos de sembrado, maizares verdes, viñas recargadas de fruto, árboles frondosos; á un lado, las dos Virreinas, la alta y la baja, ya viejas, carcomidas y como cansadas de dar fruto, con sus olivares estériles, sus estanques de aguas verdinegras, sus norias rotas, descompuestos sus aperos de labranza y sus pozos secos; en frente, San José y La Concepción con sus artísticas riquezas y sus jardines misteriosos, inspirando ciertas vagas somnolencias de aromas orientales; por detrás de las Virreinas, allá más lejos, la huerta de Ortega; prominencias del terreno, como enanillos aplastados; el Cerro de la Corona; después y volviendo al cauce, la casa de locos; más abajo, el hospital, el Coto, Martiricos, con sus leyendas fantásticas y sus cuentos de brujas, y el sitio de «Los agarrotados;» á la izquierda, el Calvario, con su retahíla de cruces, y más acá, como última nota triste, la cruz de hierro que se eleva sobre la bóveda achatada, en la capilla del cementerio de San Miguel.  
Al llegar á este punto, de su derrotero pareceme que el agua del río desacorda en su música semejante á chocar de finísimas

(1) Fragmento de un capítulo de la novela inédita LA GENERALA; estará de venta desde la semana entrante en todas las librerías, al precio de 3 pesetas.

copas; va adquiriendo notas más bajas; su rumor es más sordo: creyéndose un murmullo de cólera, por su adulteración involuntaria con otros cuerpos que le son extraños; comienza ya con las partículas, con los átomos, con los aflátores, de las inmundicias arrojadas desde lo alto de los paredones por las mujeres goleteras y las trinitarias; aquellos paredones que durante el invierno preservan de una muerte segura al vecindario y que están salpicados de trecho en trecho por las sucias inscripciones, nueva especie de extrañas estalactitas grises y negras que dejaron allí las escurriduras de cubos de leñas y redondeles de basura.

La naturaleza ha dejado de ser, para cambiarse por la vida ficticia de las ciudades populosas: Gundal-medina es el tubo digestivo que atraviesa el cuerpo de Málaga; el mar se traga los excrementos de la población y especialmente de sus barrios La Trinidad y el Perchel de un lado, Capuchinos y La Goleta, de otro, nombres indelebiles que registrarán los anales de la ciudad del Tanto Monta, como fenómenos raros que infundan en los venideros asombro y maravilla, con sus chalanes, sus traperas, sus gitanos, sus tomadores, sus viejas típicas de pelo desgreñado, faz tostada, pies desnudos, refajos raídos y pechos y brazos al aire; sus graciosas muchachas de ojos garzos, pelo abundoso, redondo busto, cara alegre, pie menudito y falda estrecha, y la flor y nata, en fin, de la granjería de nuestro siglo, representada en los pilletes, de los cuatro barrios, superiores en su clase, que dan diez y raya á todos los Rinconetes y Cortadillos existentes y por existir, con aquellos semillantes que se dilatan por la desverguenza eterna y la eterna risa, aquellos ojos inteligentes y aquellos cráneos donde creo yo que todas las épocas y todas las generaciones exprimieron juntas su malicia, para empotrarla allí á martillazos por no poder ya con tanta.

Vedlos; allí están, como todos los domingos; es la distracción de los días consagrados al descanso; el trinitario y el goletero, tienen que seguir dirimiendo la bestial contienda, que jamás termina porque es producto de heredados odios: la eterna rencilla de los barrios que divide el río; dos enormes bandadas de chiquillos se acometen furiosas; cruzan en el aire compacta nube de piedras; todos están descalzos, sudorosos, con los pañales fuera, con los brazos, la frente ó las piernas vendados; crujen las hondas, silban las piedras, gritan las mujeres, plañen lastimeros los muchachos ó braman indómitos por el golpe que no han recibido ó la pedrada que no han acertado, se detienen coches, carronatos y carretas, de vez en cuando se oyen carcajadas, rechiflas, denuestos del público, que á uno y otro lado del cauce y sentado sobre los paredones, contempla gratis la infantil borrachera de pedradas que se vomitan unos á otros, menos cuando no se ven precisados los espectadores á huir despavoridos porque cualquiera de los contendientes los mira un momento, dispara su honda, estalla el arma, silba la piedra y descala bra á uno.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

## ¿A QUÉ SABEN LOS BESOS?

¿A qué saben los besos?—ayer me preguntaba una hechicera niña—de virgen corazón; y mientras anhelante—su vista en mí clavaba, así yo la decía—colmando su ilusión:

Saben á lo que sabe—gozar en el misterio, oyendo las promesas—de amor de una beldad; saben, á lo que sabe—tras duro cautiverio, gozar, por fin, sin trabas—la ansiada libertad.

Al jugo que de flores—extrae la mariposa; al gozo en que se tornan—los días de dolor. ¡El beso es en los labios—de una mujer hermosa la gota de rocío—tamblando en una flor!

Saben á lo que saben—los soplos de la brisa, que agitan suavemente—las olas en el mar; saben á lo que sabe—teñir una sonrisa, cuando ya están los ojos—cansados de llorar.

A oír cantar medrosas—parrasas y consejas del duende ó del fantasma—que vaga aterrador; saben á lo que sabe—la miel de las abejas, los goces de la dicha,—los frutos del amor.

Saben á lo que sabe—la gloria tras la lucha, la calma venturosa—tras loco frenesí... ¡Así saben los besos!—pero, mi bien, escuchas: ¡no se los des á nadie!...— ¡á nadie más que á mí!

José Borrás.



El gran Núñez de Arce ha hecho un prólogo para su último poema *Maruja*.

Allá va el último párrafo:

«... Entre todas las propiedades de la tierra, la más legítima, la más noble, la más pura, si me es permitido emplear esta palabra, es la que surge alada y luminosa del fondo del cerebro humano.»

¿Una propiedad que surge alada y luminosa?  
¡Por Dios, D. Gaspar!



Al fin hemos tenido noticias del Sr. Gutiérrez. Hoy nos escribe desde Lugo, diciendo que se divierte mucho por allá.

Lo celebramos.



Mi querido colega *El Liberal* ha emprendido una meritoria campaña, para remediar, en lo posible, la irrupción de obras dramáticas extranjeras, casi siempre inferiores á las españolas, aunque haya quien se empeñe en lo contrario.

Pero dedica en su número del viernes columna y media á dar bombo á *Georgina* y *El gran Mogol*.

Es decir, dos fiascos, uno absoluto y otro relativo.

Lo de relativo lo digo por *Georgina*, que no dará dinero...

¡Así, perdiendo dinero, es como se salvará la bandera nacional!



—¿A dónde te vas, maleta?  
—¡Mía qué Dios! Pus voy á Londres, que allí se celebra un *metin*, y luego... ¡á robar relojes!



Entre las firmas de unos cuantos republicanos que se reunieron á comer para solemnizar el 11 de febrero (y en seguida, como es de cajón, telegrafaron á D. Manuel), leo la de Fiacro Yráyoz:

¿Tu quoque?



Por los periódicos de Santander nos hemos enterado de que ha tenido un gran éxito una revista de nuestro colaborador Pepe Estrañi, titulada *Santander por dentro*.

¡Era de suponer! Como que no hay quien tenga más gracia que el pacotillero de *La Voz Montañesa*.

¡Choque V., saleroso!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Barcelona.—¿Una contestación categórica? Bueno; pues no recuerdo el artículo; pero á juzgar por la carta, es V. un infeliz literariamente, y más vale que lo deje V.

Ignacia.—Cartagena.—Gracias por el interés; no me lo explicó ni á V. le importa, pero gracias.

Ispe.—Eso es muy malo.

Un mesquitrife.—Cartagena.—En la colección del año 83 encontrará usted una composición idéntica á la suya. El asunto es el mismo.

Sr. D. N. O.—Madrid.—¿Bromitas?

Sr. D. E. A.—Madrid.—Otra bobada.

Calisto.—Madrid.—Sirven algunas. Los demás son muy fuertes.

Casholópia.—Madrid.—Hay algunas frases que tienen muchísima gracia; otras son demasiado duras.

Melgares.—¿Caramba! Pues la Jessica final, ¡no le digo á V. nada!

Laura.—Madrid.—Se me figura que eso lo ha copiado V. de alguna parte.

Sr. D. M. G.—Madrid.—Es mala ¿Qué es eso de «corazones sin honor, y seras resplandecientes?»

Sr. D. M. G. A.—Madrid.—También esas cantares son medianillos.

Miriñagu.—Eso resulta inocente, y no se dice «llenarse de pasión».

Sr. D. J. G.—Motril.—Remita el importe y por semestre, desde la fecha que quiera.

Sr. D. F. G.—Valladolid.—Puede pasar.

Sr. D. E. P.—Madrid.—Venga la firma. Y acostúmbrense VV. á firmar siempre, que con eso hay mucho adelantado. Aquí no nos burlamos de ninguna personalidad.

MADRID, 1886.—Tipografía de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa. Liberado, es duplicado, bajo

## ILUSIONES



Digo á ustedes de veras  
que las chicas de aquí,  
apesar de mis años,  
me hacen tilín. (*La gallina ciega.*)

## ANUNCIOS

## MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene  
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10  
Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven  
si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus  
pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos  
de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á  
fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho  
el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.  
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

## BIBLIOTECA FESTIVA

POR  
FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—Tomo I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid  
Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre: una peseta para los suscritores  
en toda España.

## MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos  
los suscritores del MADRID CÓMICO.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.  
A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redac-  
tado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.

A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les re-  
mitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.

Los que lo sean sólo del *Madrid Politico* deberán atenderse  
á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañIA COLONIAL  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 12 y 20  
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA